

EXPERIENCIA DE SANTIFICACIÓN Y AUTENTICIDAD CRISTIANA

Por Rvdo. Gabriel López Cordero

País de Origen: México

Sirviendo en: México

La vida cristiana se define esencialmente a partir de experiencias que se inician a nivel personal y que en su practicidad se tornan comunitarias. Los nazarenos reconocemos dos experiencias nodales: la conversión y la santificación; ambas se realizan en la intimidad de relaciones entre la persona y Dios. Para fines de la presente ponencia, en adelante me abocaré a tratar el tema de la experiencia de la santificación y su autenticidad cristiana. Ante lo cual me permito retomar parte de la declaración doctrinaria que la Junta de Superintendentes Generales enuncian:

“Creemos que la santidad en la vida de los creyentes es el resultado, tanto de una crisis como de un proceso de toda la vida. Luego de la regeneración, el Espíritu de nuestro Señor nos llama, por su gracia, a una entera consagración de nuestras vidas a El. Luego, en un acto divino de entera santificación, también llamado bautismo con el Espíritu Santo, nos limpia del pecado original y nos llena con su santa presencia; nos perfecciona en amor, nos permite vivir con rectitud moral y nos da poder para servir”¹

Como sabemos y aceptamos, en la experiencia de la entera santificación, el Espíritu Santo purifica por la fe nuestros corazones de los deseos malignos, de toda injusticia y de todo orgullo, y a la vez, hace que el cristiano santificado posea un corazón recto, que ama a Dios y a su prójimo. Juan Wesley identifica la entera santificación como la perfección del amor y “que destierra todo temor que atormenta el alma; temor de la ira de Dios, del infierno, del demonio, y de la muerte”...“la perfección cristiana es una perfección de amor, derramada en el corazón por el Espíritu Santo”².

Tales declaraciones doctrinales, merecen, a mi parecer una pregunta: ¿La experiencia de la entera santificación es auténtica? Existen elementos que lo ratifican y dan testimonio de ella, como son: las Escrituras, la tradición, la experiencia, los frutos, y el testimonio comunitario.

Primero, tanto la doctrina de la entera santificación como las evidencias de la vida de santidad están firmemente arraigadas en las Escrituras y a través de sus páginas lo proclaman: “la santidad late en la profecía, ruge en la ley, murmura en los narrativos, susurra en las promesas, suplica en las oraciones, irradia en la poesía, resuena en los salmos, musita en los tipos, resplandece en las imágenes, enuncia en el lenguaje, y quema

¹ “Un Pueblo...Cristiano, de Santidad, Misional”; Valores Esenciales, INI, USA, p. 7.

² “El Camino del Reino”; Sermones, Vol. I, CNP; s/f, pp. 276.

3 Greathouse, William M. “Desde los Apóstoles hasta Wesley”, CNP, USA, p. 15.

en el espíritu de todo el sistema, desde el alfa hasta la omega, desde el principio hasta el fin”.³

Segundo, la tradición. La doctrina de la santidad es bíblica y se ha enseñado a través de los Padres Apostólicos, de los Padres de la Iglesia, a través de los místicos, de las Iglesias de Santidad, de la Iglesia Metodista y de la Iglesia del Nazareno. No hay ninguna duda de su autenticidad y veracidad.

Tercero, la experiencia. Toda persona cristiana que ha sido santificada está consciente de sus luchas pasadas, y de cómo el Espíritu Santo le ha dado la victoria sobre éstas. Ha experimentado el crecimiento y el desarrollo del Ágape, demuestra una pasión muy grande en obedecer a Dios y se complace en hacer su voluntad. Sin embargo, aun cuando sea una experiencia individual se debe hacer hincapié en la unidad del Espíritu dentro del contexto y hacia la perfección corporativa de acuerdo a Efesios 4:1-16.

Cuarto, por sus frutos. La persona que ha sido santificada y hecha perfecta en amor ha sido librada de un sentimiento de autosuficiencia pecaminosa, es pobre en espíritu; es humilde, es sencilla, es puro, es paciente, ama a Dios y a su prójimo como a si mismo, y tiene poder para ser testigo y para resistir el mal. Es un intercambio vertical del amor de Dios y el hombre, pero también, es una expresión horizontal del hombre para con su prójimo. El amor que se expresa en forma horizontal implica responsabilidad, ya que el amor cristiano es práctico y se expresa en una ética práctica que gobierna todas las relaciones sociales. La mayordomía total, así como las relaciones éticas con nuestros prójimos no se presentan como una lista de deberes rígidos, sino como la expresión activa del manantial de amor en el corazón. El sentido de responsabilidad radica en el hecho de que Dios, mediante su gracia, lo capacita y le ayuda para que pueda responder a sus demandas. Se puede afirmar, que la salvación es, en todas sus facetas verdaderamente don de Dios, pero un don que nos llama a responder y a aceptar nuestra responsabilidad que su gracia demanda. Estos frutos son visibles a través del carácter de la persona, y la comunidad de fe da testimonio de esto.

Quinto, el testimonio de una comunidad. La comunidad de fe da testimonio de la experiencia de la santificación y de sus frutos (Hechos 10:45; 15: 8-9; 2: 43-47; 4: 32-35). San Pablo deja claro que una persona santa no es juzgada por la abundancia de dones que posee, sino por su estilo de vida de amor y de justicia (1ª. Corintios 13). Harper citando a Juan Wesley afirma que “los cristianos son la luz del mundo con respecto a su temperamento y sus acciones. (La) santidad se hace tan notoria como el sol en medio del cielo. Así como no puede irse fuera del mundo, así tampoco pueden estar en él sin ser visibles a toda la humanidad...Es muy seguro, que una religión secreta, invisible, no pueda ser la religión de Cristo Jesús. Cualquier religión que pueda esconderse no es cristianismo”⁴

La autenticidad de la experiencia de la entera santificación está fuera de toda duda. Sin embargo, en cuanto a la vida práctica, del santificado, surgen cuestionamientos que

⁴ Harper, Steve; Vida Devocional en la Tradición Wesleyana; CUPSA, México, D. F., 1991, p.85

ponen en tela de duda la autenticidad de dicha experiencia, pues los principios bíblicos “por sus frutos los conoceréis” y “todo buen árbol da buenos frutos” se valida en la vida comunitaria.

El problema que surge entre la experiencia y el testimonio comunitario no es reciente, pues Juan Wesley en su sermón predicado en la Universidad de Oxford en 1774, cuestiona el tipo de vida de los ciudadanos en los términos siguientes: “¿No es esta una de las consecuencias que sois una generación frívola, que estáis jugando con Dios y con vuestras almas?... ¿Qué clase de religión es la vuestra? No querréis siquiera que se os hable del verdadero cristianismo...¿Qué probabilidad o, mejor dicho, qué posibilidad, humanamente hablando, hay de que vuelva a este lugar el verdadero cristianismo según las Sagradas Escrituras, de que todas las clases de individuos que moran aquí, vivan y hablen como si estuviesen llenos del Espíritu Santo? ¿Quién podrá restaurar este cristianismo?... ¿Tenéis deseos de restablecerlo? ¿Estáis dispuestos a perder vuestra libertad, fortuna, y aún la vida, por (...) restaurar ese cristianismo?”⁵

Resulta evidente que el testimonio personal y comunitario le resta credibilidad a la experiencia de la santificación, suscitando algunos conflictos tales como: la notoria falta de influencia de los creyentes santificados, en cuanto a una vida de rectitud y de justicia en una sociedad carente de ella; la existencia del doble ánimo en los creyentes que testifican tener la experiencia de la santificación; la vivencia cotidiana de los creyente sin los valores éticos del Reino de Dios; y el creciente divisionismo en la iglesia en algunos de sus niveles.

Esta situación plantea la necesidad de cuestionarnos: ¿Se ha entendido bien la doctrina de la entera santificación? ¿Se tiene un concepto claro de la doctrina del pecado? ¿Será que los proclamadores de la doctrina de la entera santificación son solamente transmisores de una herencia? ¿En dónde se ha fallado?

Ante esta tensión surge la necesidad plantear propuestas que conlleven a la búsqueda de soluciones: 1) Hacer una nueva relectura de la doctrina y vida de santidad desde la tradición Wesleyana, dentro de un contexto de crisis de identidad, para evitar reducir la teología de la santidad al fundamentalismo, a las influencias carismáticas y al antinomianismo; 2) Enfatizar tanto en la predicación como en la enseñanza, la necesidad no solo de promover la doctrina de la entera santificación, sino la de ser depositarios de dicha experiencia, pues es el tipo de vida que demanda las Sagradas Escrituras para todos los creyentes; 3) Promover proyectos de discipulado, tendientes a consolidar la vida de santidad en aquellos que han testificado de tener la experiencia de la entera santificación.

Esperamos que como Iglesia del Nazareno sigamos adelante proclamando una teología de santidad bíblica y ortodoxa. Que la vida de santidad que practiquemos y vivamos sea ser semejante a Cristo. Que fijemos nuestra vista en Cristo y que le sigamos paso a paso. Considerémonos no tanto como custodios de una herencia gloriosa, sino como personas que anhelamos afirmar y perpetuar la vida de santidad escritural en nuestras vidas.

⁵ “El Cristianismo según las Sagradas Escrituras”; Sermones, Vol., I, CNP; USA, s/f, pp. 68, 69.